

CÓMO UN PERRO TORCIÓ MI DESTINO

De esto hace ya años. Demasiados. Yo era estudiante. Trabajaba en una empresa que no viene a cuento, por las tardes, e iba a la Facultad de Derecho por la mañana. Tenía alquilado un ático, en una vieja casa del antiguo Madrid, en el que viví los cinco años de carrera y algunos más.

Estudiaba el primer curso y hacía poco que me había instalado en mi piso, de modo que, acostumbrado a vivir en casa de mis padres y, sin relaciones en Madrid, me sentía a veces solo y trataba de compensar esa soledad con la amistad de algunos condiscípulos.

Debía ser otoño, porque recuerdo que ya iba abrigado. Y ocurrió que, con motivo de no sé qué festividad o conmemoración oficial, se produjo uno de esos puentes de viernes a domingo que en la Universidad nunca se desaprovechaban y, aceptando la invitación de un compañero de estudios, decidí pasarlo con él en la casa que sus padres tenían en Ávila. Por aquella época Ávila estaba muy lejos y había que pensarlo antes de ir. Yo, temiéndome una avalancha o, incluso, el “no hay billetes”, madrugué y me fui a la estación con mucho tiempo por delante. Curiosamente, no hubo casi cola, de modo que pronto me encontré con mi billete y con más de una hora sin nada que hacer. Dado que llovía desde la noche anterior y yo, por mi lado, había ya desayunado en casa antes de salir - es una de mis inveteradas e inalterables costumbres - y, además, no andaba sobrado de dinero, renuncié a volver a hacerlo en la cafetería de la estación y me arrebujé en uno de los bancos que allí había disponibles.

Siempre me ha gustado - y lo he practicado con fruición durante toda mi vida, aprovechando los muchísimos viajes que por motivos profesionales he tenido que hacer - observar a la gente en las estaciones, en los muelles marítimos y en los aeropuertos. Una hora en cualquiera de ellos vale por años de experiencia en la vida. Allí se

encuentra uno con todas las clases sociales, todas las economías, todas las culturas, todas las vestimentas, todos los estados de ánimo, todas las alegrías y las tristezas y las ilusiones y los sueños y las esperanzas y los desengaños. Cada uno lleva consigo, sin percatarse de ello, pero de modo inevitable y, además, lo muestra al exterior, lo que está siendo y aún, a veces, lo que ha sido y lo que será.

La visión es fugaz, porque las personas pasan, ajenas al observador, y sólo se dispone de unos instantes para verlas, mirarlas, radiografiarlas, investigarlas, juzgarlas y archivarlas. Pero son unos momentos riquísimos, emocionantes, en los que uno se siente distinto de los demás, aislado de la Humanidad, sin formar parte de ella, como en un palco de proscenio del teatro de la vida, viéndola desfilar ante sus ojos, a la vez que ve los entresijos, los gestos, los disimulos, las actitudes, las posturas de los actores que no se saben observados ni, menos aún, estudiados, diseccionados ni clasificados...

Estaba, pues, dedicado a la observación de la multitud que, por momentos, iba llegando a la estación, cuando vi avanzar a lo lejos, con paso rápido y el rabo entre las piernas, un perro color marrón, que iba olisqueando el suelo detrás de alguien. De momento, no le presté la menor atención y seguí mirando a los que llegaban cargados de ilusiones relacionadas con el largo puente.

Miré el reloj. Faltaban tres cuartos de hora para la salida de mi tren, que aún no estaba formado. Así que me volví a sumergir en mi pasatiempo favorito.

A poco, de nuevo el perro marrón cruzó mi campo visual, esta vez en sentido contrario. Aquello despertó mi curiosidad y me hizo fijarme en él. Era de tamaño mediano, seguramente cruce de dos razas distintas. Tendría varios años. Se le veía nervioso, como con prisa; pero también con esperanza, pues no dejaba de buscar. Lo vi acercarse a un recién llegado y seguirlo, durante un rato, hasta el tren; luego lo vi regresar sobre sus pasos hasta encontrar a una familia que entraba en la estación, a la que acompañó también... Pero siempre discretamente, sin molestar, en segundo plano, sin aspavientos. Ni el individuo ni la familia le hicieron el menor caso; se encaminaron a su tren, subieron a él y, sin ni siquiera fijarse en su espontáneo acompañante, cada vez más encogido, nervioso y con el rabo más oculto y pegado al vientre, lo dejaron allí, en medio de la gente, pero solo. Pensé que, seguramente, habría venido con alguien y se habría

extraviado. También pensé que, si yo fuera su dueño, lo llamaría, le silbaría, lo buscaría; al fin y al cabo, la estación no era tan grande. Y me dediqué de nuevo a bucear entre la gente que no cesaba de entrar. Me fijé en un grupo de jóvenes, seguramente componentes de un equipo deportivo, que irían a enfrentarse con otro, pues vestían chándales todos iguales debajo de sus piezas de abrigo. Iban, como todos los grupos de jóvenes, bromeando y riendo desinhibidos. Los seguí con la mirada hasta que subieron al tren y recordé que yo, pocos meses antes, aún formaba parte de un equipo así. El perro atravesó de nuevo frente a mí, esta vez más próximo, siguiendo los pasos de una pareja que, haciéndose carantoñas, ni repararon en él. Subieron a su tren mientras el perro los observaba, sentado en el andén, como esperando una señal para ir con ellos. Pero no. Desaparecieron de su vista y el perro dio la vuelta, seguramente para repetir la operación.

Yo, acostumbrado a observar a los viajeros, no lo estaba, en cambio, a observar a los perros, pero deduje que si éste trataba de ser admitido por alguien en su compañía era porque había ya perdido toda esperanza de encontrar a su amo. Porque, algún amo tendría o habría tenido, de eso no cabía duda, pues no temía a la gente, no era agresivo, buscaba la compañía de los humanos... Pensé que su dueño estaría buscándolo. Pero el perro, visto ahora más de cerca, estaba, no sólo mojado, sino lleno de barro, lo cual hacía pensar que no se debía haber perdido en la estación y que había caminado por las aceras y por los alcorques y por los macizos de algún parque o, quizás, incluso por algún campo de las afueras.

Entonces me pregunté qué haría en la estación. Y llegué a la conclusión de que, perdido como estaba, solo, al ver gente que se encaminaba allí, habría pensado - si es que los perros pensaban - que, quizás su amo pudiese encontrarse entre aquella multitud. O, pudiera ser que, como ostensiblemente estaba ya haciendo, ante la eventualidad de no reencontrarse con él, considerara la posibilidad de buscar otro. Esto me hizo encontrar simpático al animal. Simpático e inteligente.

Mientras todo esto pasaba por mi mente, dejé de fijar mi atención en el perro y de seguir sus idas y venidas. Y, cuando “desperté” de mis elucubraciones sobre su biografía y sus propósitos y tendencias y hasta sus facultades, lo descubrí, sentado frente a mí, con sus ojos clavados en los míos.

He de reconocer que me sorprendió. No me esperaba una cosa así. ¿Por qué yo entre tantos centenares, quizá miles de personas?. Pero era cierto. El perro estaba allí, delante de mí, y me miraba fijamente, sentado en el suelo y moviendo la cola intermitente y levemente, cada vez que yo hacía el menor gesto o movimiento.

Quise ignorarlo. Desvié de él mi vista. Pero una tentación irresistible me hizo volverlo a mirar. Y volví a ver sus ojos. Esta vez me di cuenta de que eran unos ojos tristes, suplicantes. No pude evitar el alargar la mano y hacerle una leve caricia en la cabeza. El perro, inmóvil, pareció disfrutar aquel instante como si de un éxtasis se tratase. Cuando dejé de acariciarlo, se levantó, avanzó un par de centímetros hacia mí y se volvió a sentar con su mirada suplicante fija en la mía.

En ese momento anunciaron por los altavoces que mi tren estaba formado y el andén en que se encontraba. Miré el reloj. Faltaba media hora para la salida. Me levanté, me colgué al hombro la bolsa con mis cosas y me dirigí al andén. El perro me acompañó, en silencio y con la cabeza gacha, pegado a mi pierna izquierda.

He de reconocer que, a esas alturas, el asunto empezaba a preocuparme. Yo no había tenido nunca perro. No los conocía. Y estaba claro que no podía llevármelo y, menos aún presentarme con él en casa de los padres de mi amigo. Así que, ante lo evidente, me decidí a seguir mi plan inicial, que no lo incluía en absoluto, y caminé decidido hacia mi vagón.

Una voz interior, sin embargo, me gritaba algo que no acababa de descifrar, algo como urgente, importante y que tenía que resolver, así que, casi instintivamente, me abandoné en brazos del azar - como San Ignacio de Loyola relata que hizo cuando dejó que el caballo lo llevase adonde quisiese y éste lo condujo a fundar la Compañía de Jesús, y por lo cual, Unamuno, unos siglos después, dedujo que la Compañía de Jesús debía su existencia al caballo y no al fundador - y empecé a observar cómo se comportaba mi inesperado compañero.

Llegados frente a la puerta de mi vagón, lo miré. Y comprobé que él también me estaba mirando. Pero no apartó su mirada de la mía. Yo, en cambio, hube de desviarla, quizás avergonzado en nombre de la Humanidad, por el trato que aquel ser indefenso y amoroso estaba recibiendo.

Entonces ocurrió lo inesperado, que acabó de inclinar la balanza a su favor: El perro se sentó frente a mí, con la cabeza muy levantada para poderme mirar a los ojos y, con un dolor inmenso reflejado en ellos, levantó su mano derecha y me la tendió.

¡Cuánto dolor había en aquella mirada! ¡Y cuánto amor! Y cuánta franqueza y nobleza y hasta hombría en aquella “mano tendida”, como diciéndome: “Hubiéramos sido buenos compañeros; de aceptarme, me hubieras hecho feliz; pero comprendo tu postura y respeto tu libertad; así que, démonos la mano y adiós, amigo, ve a disfrutar de tu puente; yo, entretanto, seguiré buscando quien acepte mi compañía y mi cariño y mi fidelidad; no te preocupes; la vida es así y ya estoy acostumbrado”.

Algo se removió en mis adentros. Algo desconocido se apoderó de mí y no pude evitar agacharme y estrechar su mano en mi diestra. Estaba mojada, sucia y fría, y temblaba de emoción. Pero él se mantuvo firme, con una dignidad más que humana, sin reproches, tragándose su pena con elegancia. Lo miré a los ojos una vez más, aquellos ojos marrón oscuro, profundos, suaves, acariciadores y, por un momento, vi en sus profundidades un amor y una abnegación desconocidos y una promesa de lealtad y de servicio y de comprensión como no he vuelto a ver jamás en otros ojos.

Al fin y al cabo, - pensé, derrotado pero con alivio - este puente en Ávila tampoco prometía ser ninguna gran cosa. Así que, solté su mano y acaricié su cabeza. Inmediatamente supo que me había conquistado. Se acercó hasta hundir su rostro en mi pecho, me lamió la cara y comenzó a saltar y ladrar a mi alrededor, comunicando a todos nuestro pacto silencioso.

Nos fuimos a casa. Lo bañé, lo sequé, le di de comer y, aprovechando que había escampado, nos fuimos juntos a comprarle un collar y una trailla y, luego, al próximo parque. No podré expresar nunca suficientemente lo feliz que el perro se sentía ni lo dichoso que me hizo el verlo tan alegre, tras haberlo encontrado como la estampa viva de la soledad, la desolación y el abandono.

Como ignoraba su nombre, lo llamé “Amigo”. A él pareció gustarle, y siempre respondió con alegría a esa llamada.

Algún tiempo después, mientras deambulábamos por el parque, Amigo se las arregló para hacerme entablar conversación con una

joven que paseaba una hermosa caniche, y que acabó convirtiéndose en mi novia y, unos años después, en mi mujer.

Amigo vivió conmigo hasta que murió de viejo. Y siempre le agradecí su irrupción en mi vida. Porque, no sólo me adoptó, sino que **me hizo comprender lo que son la verdadera amistad, el desprendimiento, la generosidad, la lealtad, el servicio desinteresado, la entrega y el amor que, tal como él me lo enseñó, no es más que dar sin esperar recibir, adelantarse a satisfacer al otro sin pensar en la recompensa ni esperarla ni solicitarla.**

Realmente, Amigo fue esencial en mi vida, en mi maduración como hombre: Me enseñó a ser feliz por dentro, me ayudó a descubrir el secreto de la armonía interior y con el entorno, me acompañó en mis momentos de soledad, me hizo compañía las noches de estudio, siempre confió en mí y supo así darme confianza en mí mismo y, en el momento oportuno, me condujo a la que sería mi mujer, pero ya preparado para la convivencia y avezado en la comprensión, el sacrificio, la tolerancia y sabiendo compartir.

Y, cuando me vio situado en la vida, cuando consideró que ya no me era necesario, me dejó con la misma dignidad y discreción con que me buscó y me encontró: Una mañana, al levantarme, extrañado de no oírlo venir, ya que, al menor movimiento acudía a saludarme desde su lecho en la cocina, lo encontré en el suelo, junto a mi cama, muy cerca de mí, muerto.

¿Quiso decirme algo antes de irse, si es que aún no me lo había dicho todo? ¿Quiso estar a mi lado en el momento de su partida? ¿Quiso enseñarme que hemos de ser fieles hasta el final? No lo sé. Hubiera dado cualquier cosa por haber podido, en aquel último instante, tener su mano entre las mías y transmitirle de ese modo toda mi gratitud y todo mi cariño, pero no lo quiso así. Prefirió irse sin molestar, discretamente, dignamente. Como había vivido.

Miles de veces me pregunté dónde habría nacido, cómo habrían sido su infancia y su adolescencia, quién pudo ser su dueño, cómo lo perdió o lo abandonó. ¿Lo perdió? ¿Lo abandonó? ¿O fue que, cumplida con ese primer amo la misión que se había impuesto, me buscó para orientarme a mi hacia mi futuro? Nunca lo sabré.

Amigo me enseñó cuán sencillo es vivir la vida si se sabe entenderla y cuán equivocados estamos todos compitiendo y haciendo

feo, triste y desagradable lo que de por sí es hermoso. Nunca he visto nada más alegre que las corridas, llenas de felicidad, de Amigo, durante nuestros paseos en primavera; ni sus chapuzones en el mar, adonde lo llevé siempre que fui, o en los ríos y arroyos de la sierra madrileña, en verano; ni sus carreras persiguiendo las hojas secas, arremolinadas por el viento del otoño; ni su caminar maravillado y lleno de curiosidad por la nieve caída en nuestro parque tan familiar... Él se sentía completamente integrado en la naturaleza, como los pájaros del cielo y los lirios del campo del Evangelio. Nunca hubo en él malicia ni engaño, ni siquiera picardía, ni resabio ni doblez. Para él todo era hermoso y bueno y placentero y armónico. Jamás se me borrarán de la memoria su mirada limpia y su disponibilidad permanente; ni olvidaré cómo, cuando estuve postrado en cama alguna vez, permaneció día y noche a mi cabecera, vigilante, entristecido, consolándome con su mirada y lamiendo mi rostro si, presa de la fiebre, me revolvía en el lecho. Siempre estuvo allí. A mi lado. Nunca me falló. En todo momento me dio mucho más de lo que yo le di a él.

Porque, si no hubiera sido por Amigo, yo hubiera pasado un intrascendente puente en casa de mi amigo y luego hubiera regresado a mi soledad. Y, si no hubiera sido por él, nunca hubiera conocido a la madre de mis hijos.

¿Era mi destino el ir a Ávila aquel día? En ese caso, Amigo lo torció, pero para bien. ¿O era mi destino encontrármelo y dejarme conquistar por él? Entonces hay que reconocer que desempeñó su papel a la perfección. En ambos casos, toda mi familia le debemos eterno agradecimiento. ¡Hasta siempre, Amigo!

* * *